

Con la muerte de Saulo Torón hay que lamentar una triple pérdida: en primer término, la del hombre; en segundo, la del poeta; y por último, la de la memoria mítica del pasado de la ciudad.

Saulo Torón fue un hombre bueno, "en el buen sentido de la palabra", como concretaría Machado; su dedicación a la poesía fue persistente y entusiasta; su dilatada existencia, (nació en 1888), le deparó la oportunidad de asistir a la mayor parte de los acontecimientos que desde comienzos del presente siglo han conformado nuestra cultura. Estas tres circunstancias ensambladas en una sola personalidad hacían de Saulo un ser de excepción. Y como tal, el poeta vivía los últimos años de su vida, rodeado del respeto y de la atención de cuantos tuvieron el privilegio de conocerlo y tratarlo.

Desde hacía bastante tiempo, Saulo Torón llevaba una existencia retirada, más atento a la música y a la familia que a la misma poesía. Pese a ello, Torón no dejó nunca de escribir: un anticipo de su último libro, "Frente al muro", apareció en 1963, aunque sólo más tarde, con ocasión de publicarse sus "Poesías completas" en una excelente edición realizada por el Cabildo Insular de Gran Canaria, aquél libro se imprimiría en su integridad.



es el poeta de la orilla. Sus versos son la traducción de ese leve sonido de la espuma sobre la arena.

No obstante, en ciertas producciones de Saulo -no recogidas en libro, sino dispersas en los

Saulo Torón en la orilla

"Frente al muro" fue el primer volumen de una colección de poesía que entonces comenzaba tímidamente, llevada por un par de jóvenes poetas que iniciaban precisamente con esa colección su vida activa literaria. Cuando ambos se acercaron al viejo poeta a solicitarle el original de su libro, se vieron sorprendidos por la afable acogida que aquél les dispensó, y posteriormente, con la excelente disposición que siempre encontraron en él para prestar ayuda a cuanto le pidieran.

La obra de Saulo Torón comprende "Las monedas de cobre" (1919), "El Caracol encantado" (1926), "Canciones de la orilla" (1932) y el ya citado "Frente al muro". Todos estos libros tuvieron ilustres prologuistas: fueron, respectivamente, Pedro Salinas, Antonio Machado, Enrique Díez Canedo y Ventura Dorreste. Todos ellos distinguen la poesía de Saulo Torón de la de sus contemporáneos Alonso Quesada y Tomás Morales por la sencillez y humildad; carente de artificio, de retórica. Reducida a la palabra y al sonido esencial. Ni agresiva como la de Quesada, ni sonora como la de Morales. La de Saulo es una poesía que podemos calificar de "poesía del silencio" o, todo lo más del susuro. De Saulo se ha dicho que

periódicos de la época- es advertible una fina ironía; vena satírica que se ponía de relieve ante los acontecimientos ciudadanos (inauguración de la marquesina del muelle de Santa Catalina, comentarios sobre las repercusiones de la primera guerra mundial en la colonia inglesa y alemana establecida en Las Palmas, etc.) Esta veta festiva la compartía con sus dos entrañables compañeros: Alonso y Tomás. Queda para una historia de la sociología el estudio de la amistad de estos tres hombres, tan opuestos entre sí. Lo cierto es que dichos poetas, que formaron por sí solos una generación -la "generación de los tres", como la he llamado en otra ocasión- mantuvieron a lo largo de sus vidas -muy corta la de los otros dos- una entrañable fraternidad que sus diversos caracteres no pudo alterar. En sus momentos finales, Saulo recordaba los incontables avatares de la vida en común; sus alegrías, sus espectaciones, los triunfos, las amarguras... y alrededor la vida de la ciudad. Porque estos fueron, siempre que tuve ocasión de tratarlo, los temas de sus conversaciones.

Saulo Torón ha muerto. Con él se extingue un hombre, un poeta, una memoria.

L. S.